

LA PROMESA DE REMBRANDT

BARBARA LEAHY

Libros de
seda

*Para mi madre, y en recuerdo de mi padre,
con todo mi amor*

CAPÍTULO 1



Ámsterdam

Marzo de 1642

Una mano en el hombro me despierta antes del alba. Me sobresalto en la silla de respaldo duro.

Pieter se cierne sobre mí, con una vela en la mano; me inspecciona, reticente pero satisfecho.

—Estás preparada, hermana. Bien. Ha llegado el momento.

Suelto un hondo suspiro.

En la puerta, Pieter se agacha para ponerse las botas. Por unos instantes, me quedo en el amparo de la silla, pero él me está mirando y, en un día como hoy, no puedo permitirme que me regañe. Me levanto y me desperezo. Rozo con los dedos las plumas de las palomas que penden de las vigas.

Aparto la mano.

Anoche, la cama de paja me arañaba la piel; la notaba tan fina debajo de la espalda que era como si estuviese tumbada sobre las tablas del suelo. Fuera se oía el lento goteo de la nieve derretida al caer de los aleros. Permanecí despierta, preguntándome en qué clase de casa viviría a partir de ese momento y a qué personas conocería allí. Pasó una hora de hastío puro, después otra, antes de que perdiera la esperanza de conciliar de nuevo el sueño, doblara el colchón, me vistiera y me sentara junto a la chimenea a esperar.

La tela que cubre la ventana se tiñe de una luz azulada. Me abrocho el abrigo, me calzo unos zapatos hinchados por la humedad. Todo lo que poseo lo he guardado y atado en un chal junto a la chimenea. Me llevo el bulto a la espalda. La turba de ayer se ha reducido a cenizas en el hogar.

Hago ademán de tomar el cubo del carbón, pero entonces recuerdo que estoy a punto de marcharme y que Marit tendrá que encender la chimenea por su cuenta a partir de ahora.

Pieter se pone la capa de lana, hurga en la estantería en busca de la pipa y del tabaco. Desde detrás de la cortina, en un rincón de la habitación, se oyen los alegres ronquidos de su esposa. Se lleva un dedo a los labios. Nada de despedirse de Marit.

Un buen augurio, decido entonces. En un día como este tan solo puede haber buenos augurios.

Fuera, el aire gélido de marzo me corta la respiración. La nieve derretida, de color grisáceo, cubre el suelo y me moja los pies. Las botas de Pieter chapotean en el agua. Camino apresurada tras él, siguiendo su farol hacia la plaza.

El horno encendido de la panadería refulege en medio de una hilera de ventanas cerradas. Al pasar, sale a recibirnos el aroma a pan recién hecho. Dentro de las puertas, unas masas retorcidas de color dorado cuelgan de unos ganchos de madera. Casi siento en la boca la corteza recubierta de azúcar, casi la muerdo con los dientes. Quizá Pieter se detenga para comprarme algo... Pero mi hermano camina a paso ligero delante de mí y no me atrevo a entretenerlo. La cara colorada y afable del panadero aparece por la ventana cuando coloca una sartén humeante en el alféizar para que se enfríe. Lo saludo con la mano, pero no me ve. Tan solo llevo tres semanas en Rarep. ¿Quién se acordará de mí cuando ya no esté?

Más adelante, Pieter se detiene y balancea el farol hacia mí. Apuro el paso para alcanzarlo. La capa que lleva puesta es demasiado buena para lucirla en un taller de carpintero. Por la noche, Marit le quitará las virutas de madera de los hombros, se quejará de que ensucien el suelo que acaba de fregar. En los últimos tiempos ha ganado una buena suma de dinero trabajando en buques mercantes y, si la suerte sigue de su lado, él y Marit se mudarán a una vivienda mejor antes de que nazca el bebé.

—He de recordarte, Geertje, que vas a ir a una casa respetable.

—Nunca he vivido en una que no lo fuera —replico con brusquedad, y me arrepiento de inmediato.

Sin él, sería una vagabunda. Se me anegan los ojos en lágrimas.

Pieter gruñe.

—Tu marido no te ha dejado nada —me dice—. Esta carga ha caído sobre mis hombros y yo no soy un hombre adinerado.

Quiero quejarme de esas palabras injustas, decir que Abe era un buen hombre, que no es culpa suya que muriera como murió. Pero, a la hora de la verdad, fue Pieter quien me encontró trabajo con la familia Beets en Hoorn. Y fue él también quien me acogió cuando, al cabo de varios años, la esposa del maderero me dijo que ya no me necesitaba. Yo no tenía otra opción más allá de cuidar de aquellos niños. ¿Cómo se me pudo olvidar que los críos crecen?

—Has sido un buen hermano y te estoy agradecida.

—En la ciudad se te presentarán oportunidades para mejorar tus perspectivas de futuro. Pero ten cuidado con las personas que visiten la casa de tu señor. No tolerará el menor descuido con sus aprendices.

—Yo jamás he sido una persona descuidada —digo.

Una aurora de plata se arrastra por los campos mientras nos aproximamos al corral, donde dos hombres cargan cajas de verduras en un carro. Pieter los saluda, les paga el importe de mi trayecto. Las riendas de los caballos tintinean. Exhalan vaho por la boca. Bajo el alero de la granja, una mujer con capa y un labriego permanecen de pie en torno a un barril, calentándose las manos con las brasas.

Tirito.

Pieter aparta la pipa.

—Tendrás un mes para demostrar tu valía. No me dejes en ridículo. Son personas importantes. —Pone un poco de tabaco en la cazoleta de la pipa con el pulgar.

Los hombres casi han terminado de cargar el carro. Pronto el granjero dará la señal, Pieter se marchará y será demasiado tarde para cambiar de parecer.

—¿Y si no le gusto a la señora?

Pieter se echa a reír.

—Le gustará tu rostro normal y corriente, que no supondrá una tentación para su esposo, y tu espalda fuerte, que no se cansará tras largas jornadas de trabajo.

Deslizo el mantón de punto por el hombro, me abrazo con fuerza.

—Será una buena vida para ti, hermana —añade con un tono más amable—. Trabajarás en la casa de un señor adinerado que colecciona curiosidades de todo el mundo.

—Y yo seré su nueva curiosidad —le digo. Me sonrío, y me recuerda al Pieter de antes, al que me enseñó a construir presas de barro en el arroyo

detrás de la cabaña en la que crecimos. Pero, en un instante, la sonrisa desaparece tras un gesto de austeridad renovada, como si se arrepintiera de aquel momento de frivolidad.

—No digas nada del niño que has perdido. Le he dicho que vive sano y feliz con nuestra madre en Edam.

Ahora mismo no puedo pensar en esa cara diminuta, en esos ojos cerrados en el saco amniótico, en esos brazos acurrucados contra el delicado pecho.

El granjero nos llama; los demás pasajeros ya están subiendo.

Pieter me ayuda a subir al carro con el fardo. Tomo asiento sobre una caja junto a una mujer anciana y de rasgos severos que lleva una cesta de huevos en el regazo. Estamos de espaldas a los caballos. Veré la última imagen de Rarep, pero me perderé la primera de Ámsterdam.

—Marit y yo te tendremos presente en nuestras plegarias —dice Pieter. Al imaginarme a su estricta esposa de rodillas, rezando por mi bienestar, casi me da la risa.

Un bandazo, un chirrido de las ruedas, y Pieter se queda atrás. Hago ademán de levantarme para despedirme con un gesto de la mano, pero él ya se ha dado la vuelta y está tratando de encender la pipa con las brasas.

El labriego se sienta en el suelo, apoyando los codos en las rodillas, y da cuenta de su desayuno: pan, queso especiado y cerveza. Al beber, relame la boca de la botella. Después de unos cuantos tragos, se la ofrece a la anciana, que se yergue y fija la mirada en los campos. El hombre me sonríe, me tiende la botella, y yo siento una punzada de nostalgia por Hoorn y las caras alegres, curtidas, de los hombres que trabajaban en el puerto. Sonrío, niego con la cabeza y desvío la mirada. No debo llegar a la ciudad oliendo a cerveza, oliendo a hombre.

El pueblo queda atrás. La carretera serpentea por un cenagal. Cierro los ojos, escucho el golpeteo de los cascos contra la piedra, el murmullo del ganado en los campos, y saboreo la neblina que, henchida de rocío, inunda el aire. Cuando abro los ojos hay más luz en el cielo. Las granjas, los graneros, los molinos de viento desperdigados han dado paso a huertos, a chapiteles de iglesias, a almacenes de madera. ¿Cómo saldré adelante en una ciudad extraña? Para mis adentros, canturreo la ruta hasta la casa del pintor, tal y como me la ha detallado Pieter: palabras que, como una plegaria, me serenán.

CAPÍTULO 2



La niebla comienza a levantar cuando llegamos a las afueras de la ciudad. Los dedos pálidos del sol se filtran por las nubes, pero ofrecen poco calor; a mi lado, la anciana se sube la capa hasta el mentón. Sentado con las piernas cruzadas sobre las tablas, el labriego ha sacado una navaja y, absorto, trata de cortarse las uñas con toda la uniformidad posible. Me sorprende observándolo y me guiña el ojo. Me apresuro a apartar la cara.

Bordeamos el canal, donde los caballos tiran de los *trekschuiten*¹ cargados de pasajeros por las aguas calmas. A través de las ventanillas, vislumbro a grupos de alegres viajeros que juegan a las cartas, que entonan canciones, que beben jarras de cerveza. Si recibo un buen salario en la casa del pintor, quizá navegue rodeada de todas estas comodidades cuando vaya de visita a Edam.

Las ruedas de madera de nuestro carro ganan velocidad cuando llegamos a una calle en mejor estado. Por encima de los tejados de las bodegas, los mástiles de los barcos trazan líneas diagonales en el cielo. Un olor a alquitrán quemado invade el aire. Pasamos por almacenes de madera donde los jornaleros limpian leños y cargan madera al hombro; los supervisores gritan órdenes entre el ruido de las carretas al pasar.

El carro ralentiza la marcha en la cuesta de un puente. Cuando subimos, me revuelvo en el asiento. Un cúmulo de torrecillas de ladrillo rojo resurge sobre chimeneas y tejados, para luego volver a desvanecerse cuando bajamos al nivel de la tierra de nuevo. Recuerdo las historias que me

1 N. de la Trad.: Barco típico de los canales holandeses, tirado por caballos desde tierra firme y destinado al tránsito de pasajeros.

contaba mi madre sobre un castillo sumergido, desde tiempos inmemoriales, en las aguas de una inundación, cuyas campanas, como espectros, repiquetean en vano.

—¿Qué lugar es este?

El labriego parece divertirse.

—Es la casa de pesaje. ¿Es que nunca ha estado en Ámsterdam?

Decido no hacer más preguntas.

Pasamos por un descampado en el que unos trabajadores, subidos a unos andamios, arrojan enormes vigas de madera al suelo. Con el impacto se estremece el carro, nos estremecemos nosotros.

Las calles se estrechan. Las casas de dos y tres pisos, pegadas unas a otras, se inclinan hacia delante, como si se encorvasen para mirarnos. ¿Cómo hace la gente para llevar una vida tranquila en una habitación que da a una calle con tanto trasiego? De los escaparates de guanteros, tabaqueros, comerciantes de vino, cuelgan carteles pintados a mano. He de recordar cada detalle, para describirle la ciudad a mi prima, Trijn, cuando regrese a Edam y pueda volver a verla.

Una pareja se desliza del interior de una taberna: un marinero y una muchacha hermosa que camina con paso incierto. Se tambalean por el borde del canal, riéndose de un joven que se agacha para vomitar en el agua.

Si no me hubiera desposado con Abe, tal vez seguiría trabajando en la taberna en Hoorn, inmersa en el humo de las pipas y en la cerveza de malta, en medio del júbilo de la música y el brío de los marineros. Pero no debo pensar en aquellos tiempos. Pieter me ha dicho que el pintor y su esposa no se creerían que una mujer que ha trabajado en la taberna pueda ser respetable.

Las campanas de una iglesia propagan por la ciudad su tañido sencillo, que me llena de esperanza.

No debemos de estar lejos del Nieuwmarkt. El alegre labriego está lanzando nueces al aire, atrapándolas y rompiéndolas con los dientes. La seria anciana desliza el dedo por las páginas de un pequeño libro, susurrando oraciones. Las palabras impresas se amontonan. No reconozco ninguna de las letras que bordé de pequeña en un muestrario y que insistí en que Pieter me deletreara.

El carro se separa del canal y toma una curva. La casa de pesaje, cuyas torres se elevan rectas hacia el cielo, se yergue como una fortaleza en nuestro camino. Me agarro a los bordes de la caja sobre la que estoy sentada.

El labriego esboza una sonrisa.

—No se preocupe, que su marido la estará esperando.

Quisiera decirle a este desconocido que ya no tengo marido, que mi hogar está muy lejos y que no tengo amigos en la ciudad, pero se ha asomado por uno de los lados del carro y está esparciendo las cáscaras por la carretera.

Después de la casa de pesaje se encuentra lo que debe de ser el Nieuwmarkt. La plaza está atestada de carretas y carretillas y a duras penas logramos abrírnos paso. Salen niños de entre los puestos, corretean frente a los caballos. Nuestro conductor suelta un improperio, levanta el látigo. Quisiera que ralentizara la marcha, que me permitiera admirar la porcelana china pintada a mano, las sartenes de cobre, el marfil tallado, los rollos de seda roja y dorada. Ayer mismo caminaba cansada por el mercado de Rarep, entre sacos de nabos y jaulas con ariscas aves de corral.

El carro traquetea sobre los adoquines, se detiene en la esquina sudoeste de la plaza y nuestro conductor se apea. El labriego ya se ha apresurado a tomar, con gran caballerosidad, la cesta de la anciana, y la ayuda a bajarse. Luego me toma de la mano y me ayuda a bajar a mí también. ¿Me atreveré a pedirle que me escolte hasta la casa del pintor? Una joven, cuyo cabello suelto le llega hasta la altura de los hombros, se pone delante de mí; el labriego desliza un brazo por su cintura, le da un beso en los labios, se abren paso entre el gentío y se desvanecen.

Yo permanezco junto al carro, sosteniendo el fardo en brazos. Dos hombres que hablan con un acento extraño descargan las cajas de zanahorias y remolachas y las trasladan a un carro. Pasan varias sirvientas ajetreadas con cofias limpias de lino y delantales de tela blanca gruesa y lisa. Llevan cestas de pan y cubos de pescado. Tengo las coderas del abrigo desgastadas y el lino, si bien sigue limpio, ya no es blanco. A Pieter no se le ocurrió informarme de la forma de vestir de las mujeres de Ámsterdam. Pero, aunque me hubiera informado, no tengo mejores prendas que las que llevo.

De pie junto a un montón de cajas, un hombre acuna a un pollo de color amarillo en las manos, me lo pone delante de la cara y me dice algo que no entiendo. Niego con la cabeza, me separo.

Termino en un pasillo de mercaderes de especias, de puestos decorados con cestas de tonos amarillos chillones, rojos apagados y marrón canela. Un niño abre un saco y se eleva una nube de pimienta; me escuecen los ojos y la

nariz. Él se echa a reír al ver mi mueca. Me entran ganas de tomar mi atillo y salir corriendo de esta ciudad, salir corriendo hasta regresar a Rarep, para decirles a Pieter y a Marit que me quedaré a cuidar del bebé que está a punto de nacer sin pedirles nada a cambio.

Se me llena la boca de saliva cuando me llega un aroma a arenque frito y recuerdo que no he probado bocado en todo el día. Los vendedores ambulantes vocean a mi alrededor, tirándome de las mangas, y casi tropiezo con una anciana que está cocinando algo sobre unas llamas. Se eleva una deliciosa fragancia a tortitas. Saco del bolsillo los pocos *stuiver*² que me dio Pieter.

La tortita está blanda y dorada, y la mantequilla fundida me resbala entre los dedos. Compró otra más y encuentro unos peldaños sin musgo donde sentarme a comer. Repaso las direcciones de Pieter. Allende la plaza, entreveo el reluciente gallo sobre lo que debe de ser la iglesia de Zuiderkerk.

Estoy a punto de moverme cuando una sombra se desploma sobre mí: un hombre andrajoso, con un ojo cubierto por una capa blanquecina y lleno de pus, me impide el paso. Se apoya en un bastón, me dice algo en un tono de voz suplicante. Yo me pongo en pie, le aparto la mano de mi manga y salgo corriendo hacia la iglesia; al llegar al borde de la plaza, me detengo, avergonzada. Pieter me ha dicho que hace años que no hay brotes de peste en Ámsterdam, que los leprosos que entran en la ciudad deben tocar las tarreñas a modo de advertencia para anunciar su llegada. Aquel anciano no suponía amenaza alguna. Preparo una moneda en la mano y deshago el camino andado, pero ya no hay rastro de él.

Quizá me lo haya imaginado. La agitación que siento en el pecho, en el corazón, me resulta inquietante. Salgo corriendo de la plaza, huyo del trasiego de la multitud, huyo del mendigo. Hombres y mujeres pasan junto a mí con ojos que no ven, y temo que, poco a poco, me esté desvaneciendo, me esté disolviendo en el aire frío de la mañana. En el puente me detengo para recuperar la respiración, aferrándome a la barandilla de hierro. Cuando la suelto, la herrumbre me mancha las manos como sangre seca. Alzo la mirada y, al otro lado del puente, tal y como la ha descrito Pieter, se yergue la casa del pintor.

2 N. de la Trad.: Antigua moneda que equivale a la veinteava parte del valor de un florín neerlandés.

CAPÍTULO 3



Desciendo a pie por lo que debe de ser Breestraat, sin dejar de admirar la casa con contraventanas de un rojo alegre y ventanas que centellean con docenas de cristales diminutos. Se yergue alta, espaciosa, con la entrada situada en el centro de la fachada y una planta baja semioculta por debajo del nivel de la calle. En su magnificencia parece humillar a sus vecinas, faltas de vida.

Cuatro peldaños conducen desde la calle a una puerta verde de la que pende un aro de hierro. Imagino el sonido que emitiría la aldaba, el brillo que perdería si la tocara con estas manos sucias. Pero no pienso acercarme; Pieter me ha dicho que debo entrar por la puerta de atrás.

Volviendo al canal, paseo por el borde y encuentro la entrada al callejón que da a la parte trasera de las casas. Unos niños forcejean al borde del agua; uno levanta una vara de la que cuelga un bulto de trapos, la agita y los demás, entre carcajadas, reculan, de modo que tengo que apartarme de un salto para esquivarlos. Esa cosa empapada se desprende de la vara, cae al adoquinado con un golpe seco y me percató de que, en realidad, no se trata de trapos, sino de un pájaro muerto que comienza a descomponerse.

Al final del callejón encuentro un portón que ha de pertenecer a la casa del pintor.

Justo cuando me convengo de que desde dentro no han oído mi llamada, una joven de cabello claro, de unos diecisiete años, abre la puerta.

—¿Tú eres Geertje? —Me mira con ojos francos, henchidos de curiosidad. Con la mano en la cadera, me inspecciona de pies a cabeza: el dobladillo remendado de la falda y los botones desparejados del abrigo acaparran toda su atención—. No esperaba que fueras a ser tan vieja.

¿Me descubrirán así de pronto? Tengo treinta y tres años y Abe lleva más de siete enterrado, pero Pieter le ha dicho al pintor que tengo veinticinco y que acabo de perder a mi marido.

—Entra. —Me sonrío, y aparecen unos hoyuelos en su hermoso rostro con forma de corazón.

Me sereno. Para una chiquilla, una joven de veinticinco años es ya una anciana.

—Espera aquí con nosotras —me dice, mientras la sigo dentro de la casa.

—Necesito ver a la señora.

—Luego. Por la noche siempre le duele el pecho, aunque suele pasar el día descansando.

Es una cocina espaciosa con suelo de pizarra y una gran mesa de roble, donde una mujer trabaja de espaldas. En la pared del fondo, un grifo deja caer agua sobre una pileta de piedra. Al lado, una serie de ventanas que dan a un patio ilumina una fila de alacenas a la altura de la cintura. En la pared de enfrente se encuentran el fogón y la parrilla, así como una gran chimenea donde arden vívidas llamas. La mujer sentada a la mesa vuelve el rostro demacrado hacia mí, asiente y vuelve a centrarse en la faena. Agarra un cuchillo de carnicero y parte las patas de un ave de corral desplumada.

—Esta es Maartje, la cocinera —dice la chica.

Me toma del brazo y me lleva al lado de la chimenea, junto a la que un bebé de unos seis meses duerme en un capazo.

—Cuánto me alegro de que estés aquí. Me aterrorizaba que se muriera estando a mi cargo. Has de saber que todos los demás fallecieron.

Levanta una jarra de agua de la chimenea y la vierte en un cuenco de cerámica en la mesa. De un aparador saca un trapo limpio y una pasta de jabón de aceite de oliva.

—¿Esa es la única cofia que tienes? Tendremos que buscarte algo mejor. Y será mejor que te pongas eso de ahí. —Señala un delantal que cuelga de un gancho.

Me quito el abrigo y lo cuelgo con las coderas desgastadas hacia la pared. El delantal está recién lavado y limpio. Alguien ha debido de pasar la punta de una plancha por todos los pliegues del lino. Me remango hasta los codos, hundo los antebrazos en el agua caliente y me lavo las manos y la cara. A mi lado, Maartje despieza otra ave de corral; el golpe del cuchillo me sobresalta.

Cuando ya estoy limpia, me dirijo al capazo, toco la frente del bebé. Sigue dormido, tiene las mejillas sonrosadas por el calor.

—¿Cómo se llama?

—Titus. Es el cuarto que nace.

La sábana que lo rodea está húmeda. Intento quitarle la colcha de entre los dedos, pero, pese a estar dormido, no la suelta.

—¿Su madre le da el pecho?

—Ya no. Todavía viene la nodriza, pero es un glotón y prefiere la papilla.

—Está muy caliente. —Aparto el capazo de la chimenea.

—La señora ha dicho que no debe tener frío —dice la joven, mirando en todo momento la cara del bebé, como si esperara que fuese a quejarse, aunque me ayuda de todos modos.

Titus balbucea, se retuerce, vuelve a acomodarse. Con esa ropa de satén bordada y la colcha con flecos de seda, me recuerda a una noble anciana. Cuando lo digo, la chica se echa a reír.

—Espera —me dice—. Voy a preparar las manzanas; así, Maartje no tendrá motivos para quejarse.

Me siento en una silla baja a un lado de la chimenea y espero a que Titus se despierte. La joven sirve cerveza de una jarra en la mesa, me tiende una taza.

—Si quieres agua potable, debes sacarla del barril de la bodega, nunca del grifo. —Está de pie junto a la mesa, pelando manzanas con habilidad mientras habla—. ¿De dónde eres? —Antes de que pueda responder, añade en un susurro—: La señora finge ser estricta con nosotras, pero, cuando el señor está de buen humor, parece una cría. Es de la familia de los Uylenburgh, de Frisia. Mejor sangre que la de él.

—¿Lleva indispuesta desde el parto?

La joven parece preocupada.

—Desde antes. Pensábamos que este bebé la mataría antes de nacer. Cada vez que el niño tose, ella se despierta, de modo que dormirá en el piso de arriba contigo.

Junto a la chimenea hay una cama y, al lado, una puerta que da al resto de la casa. Quizá Maartje duerma en la cocina. Está moliendo algo con un mortero, moviendo el brazo flexionado de adelante atrás. Como resultado obtiene un polvo fino de color negro; lo esparce sobre el ave de corral y lo frota contra la piel. Masajea la carne con los gruesos dedos

y me invade una punzada infundada de pavor. Es por el calor de la chimenea y esta chica que me habla de la muerte.

Mientras la muchacha sigue parloteando, choca con el capazo y Titus se desvela. Chasquea los labios, tuerce la cabeza y llora. Cuando lo tomo en brazos, noto que está ardiendo y empapado. Se retuerce y se vuelve hacia mí. Desprende mal olor.

—Voy a necesitar una palangana con agua limpia. Y paños —digo.

—Ilse... —dice Maartje, sin alzar la mirada de la mesa.

La interpelada arruga la nariz, pero trae todo lo que necesito. Cambio las sábanas del bebé y él llora incluso más.

Ilse mira hacia la puerta.

—La señora lo va a oír. —Pero Titus no tarda en acurrucarse contra mí, dormido y satisfecho—. Le gustas —añade.

Le cuelga la cabeza. Le froto la espalda y le canto una nana que siempre le cantaba a la pequeña Katrijn Beets en Hoorn. Me invade la añoranza por mi vida pasada y por los niños a los que amaba como si fueran míos. Sostengo al niño con firmeza en un brazo, alisándole los bucles rubios. La soledad lleva tiempo pisándome los talones como un zorro en plena caza de una gallina, pero en la acogedora cocina del pintor siento que recupero las fuerzas. Este niño está despertando en mi corazón un sentimiento que llevaba olvidado mucho tiempo.

—Espero que seamos amigas —le digo a Isle, cuando Titus vuelve a dormirse.

Ella me aprieta el brazo.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Geertje.

Maartje se acerca, limpiándose las manos sucias con un delantal que le cubre el vestido. No es mucho mayor que yo, pero tiene los hombros encorvados, la expresión adusta. Abre la boca, carraspea, escupe flema en el fuego de la chimenea.

A Ilse se le cae el cuchillo y provoca un ruido metálico contra el suelo de pizarra. Titus se estremece, echa la cabeza hacia atrás y suelta un grito.

El miedo se apodera del semblante de Ilse. Le sonrío, para tranquilizarla tanto a ella como al niño. Pero no me está mirando a mí. Sigo su mirada hacia la puerta, que se ha abierto, y hacia la dama que permanece ahí de pie, observándonos.

CAPÍTULO 4



La señora de la casa me contempla. Posee una belleza pálida, con unos ojos de un marrón claro y cejas de suaves curvas. Un gorro de encaje blanco le cubre los cabellos; sus puntas decoradas le llegan al cuello. Su figura es menuda, como la de una niña pequeña. Me pongo en pie, consciente de mis mangas mojadas, de mi ropa descolorida.

—Geertje Dircx. Es un placer conocerte —dice con un acento refinado.

Titus aparta la cara de su madre, solloza contra mi hombro. Hago una reverencia, pierdo el equilibrio.

—Tráela al recibidor.

Me está mirando a mí, pero la orden va dirigida a Ilse. Se oye el frufrú de sus elegantes faldas de color azul cuando se da la vuelta y se marcha con delicadeza por la puerta.

El llanto pasa a ser un gimoteo silencioso. Bajo al bebé hasta su capazo, pero Ilse me para el brazo.

—Llévalo. Es mejor que te vea con él.

Salimos y me acompaña para subir unas estrechas escaleras de caracol.

—Espera. —En esta ocasión, cuando sus ojos reparan en mi corpiño humilde, en mi ropa arrugada, comprendo que no hay malicia alguna en su escrutinio. Me alisa la cofia y me afloja el delantal para que me tape por completo la falda—. Así mejor.

Titus está tranquilo, con la mejilla caliente pegada a mí. «No te pongas a llorar —quisiera susurrarle a uno de sus oídos diminutos—. Sigue demostrando toda esta dulzura y serenidad que tienes hasta que consiga convencer a tu mamá de que soy la adecuada».

En el último peldaño nos alcanza el eco de una leve tos.

—No digas nada sobre su enfermedad —me susurra Ilse.

Atravesamos la entrada abovedada de un recibidor a doble altura. La luz se filtra por las elegantes ventanas hasta inundar el suelo ajedrezado. Me imagino a Ilse fregando esas baldosas todas las mañanas y me pregunto si esa tarea recaerá sobre mis hombros en adelante.

Un armario alto domina toda la sala y me imagino limpiando el polvo del mueble. Todas las paredes están atestadas de cuadros. A mi derecha, un hombre barbudo con un turbante me mira con solemnidad. Por encima de su cabeza, un travieso Cupido con una aljaba repleta de flechas contempla, en el otro lado de la sala, a una hermosa dama que se engalana frente a un espejo. Me gustaría verlos todos con más detenimiento, pero, sentada a una mesa pequeña sobre un estrado, la señora me espera.

—Puedes sentarte. —Señala con su pluma un asiento de cuero.

Un *spaniel* salta de su regazo al suelo y, agitando la cola peluda, corre en círculos en torno a mis pies con ganas de jugar.

—¡Luca! —El perrito se encoge al lado de su dueña y con el hocico acaricia una pelota roja de cuero entre las patas.

Con una rápida mirada a la entrada abovedada, constato que Ilse se ha desvanecido.

Me siento, cambiando con cuidado de postura en el regazo al bebé, que se divierte agarrando los cordones de mi corpiño.

Su madre deja la pluma en un tintero de mármol. Tiene unas manos muy blancas; sus uñas son delicados óvalos de color rosa. Ante ella descansa una página medio llena de finas ondas y florituras. La aparta a un lado, despliega una hoja de papel más antigua, lee un rato y suspira.

—Los Beets hablan bien de ti. Dicen que sus hijos te querían como a una segunda madre.

Unas lágrimas inesperadas me humedecen los ojos.

—Yo también los quería. —Suspiro hondo, me centro en Titus, que mordisquea los cordones de mi corpiño entre sus encías rosadas.

—Yo solamente tengo un hijo. Cuidar de él no debería resultarte muy complicado.

Se recuesta en el asiento, desvía la mirada hastiada hacia la ventana. Ráfagas de nieve se arremolinan en la calle, derritiéndose antes de posarse en el suelo. Durante unos instantes no se oye nada, salvo el gorjeo alegre de su hijo.

Mi nueva señora es más joven que yo, aunque no mucho. Reconozco la línea de su mandíbula en uno de los retratos colgados en la sala, pero no me atrevo a volverme para comparar la imagen. Un fino pañuelo de seda

le decora el corpiño, fijado con un broche de oro que contiene una piedra rosa. En su cuello menudo cuelga un collar de perlas. Unos pequeños diamantes centellean y oscilan en sus orejas. Me parece una niña que se ha ataviado con la ropa de su madre.

Cuando cruzamos la mirada, frunce el ceño con preocupación. Gira la alianza en los dedos; las dos piedras rojas del anillo relucen como la marca de un mordisco en su piel. La muerte de mi hijo me descorazona; tal vez ella lo intuya.

Antes de que pueda hablar, Titus comienza a llorar. Lo acuno en la rodilla, le murmuro al oído, pero él tiembla y no hay manera de consolarlo. Me pongo de pie, lo acomodo sobre el hombro, le froto la espalda.

—¿Qué le pasa? —inquire ella. Me recuerda a una niña consentida, descontenta con uno de sus juguetes.

—Tiene demasiado calor, señora —le digo, aunque, a decir verdad, en el recibidor, por suerte, hace fresco, en comparación con la cocina sofocante—. Necesita aire fresco.

Ahora que me he puesto de pie, cesa el llanto. Después de un último gimoteo, se tranquiliza y yo vuelvo a sentarme.

—¿Tú lo llevarías afuera en un día como hoy? —Levanta el mentón, frunce el ceño: todavía no ha tomado una decisión.

La miro directamente a esos ojos serios.

—Sí, señora. Le pondría ropa de abrigo y lo llevaría afuera.

Se produce una pausa y, entonces, por suerte, se echa a reír. Se inclina hacia delante, acaricia las mejillas rosadas del bebé.

—¿Te he estado asfixiando con el calor? —Sus manos parecen tan suaves y lisas como la piel del bebé.

Titus mueve los bracitos con júbilo al notar la caricia de su madre. Se lo ofrezco, pero ella no hace ademán de tomarlo en brazos.

Siento que la balanza se equilibra a mi favor.

—¿Ve lo mucho que quiere a su mamá? —comento.

—Es mi cuarto hijo. Los demás yacen allí. —Señala hacia la ventana y comprendo que está indicando hacia la iglesia de Zuiderkerk, con su gallo de oro rotatorio. Ha tenido que asistir tres veces a entierros como el que he padecido yo. Recuerdo los embustes de Pieter, que les contó a esta mujer y a su marido que mi hijo muerto sigue lleno de vida en el campo. Por unos instantes, me aterra que me vaya a preguntar por mi niño. ¿Cómo voy a fingir yo que sigue vivo, él, que nació siendo ya un fantasma?

Pero a ella no le interesa mi vida.

—¿Tu hermano te ha hablado de las condiciones? —Ahora parece impaciente, deseosa de que me retire.

Lo único que me ha dicho Pieter es que mi principal quehacer sería encargarme del bebé y que tendría mucha suerte si obtuviera el puesto.

—Sí, señora.

Desliza un papel por la mesa, me entrega la pluma. Vacilo.

—Aquí. —Toca con el dedo un hueco debajo de las palabras escritas.

La pluma seca rasca el papel. La aprieto y lo intento de nuevo. Aparece una gota de tinta. Dibujo la marca que me ha enseñado Abe, un signo que trae buena suerte.

—Geertje, espero que seas feliz aquí —dice la señora, devolviendo la pluma al tintero—. Ilse te enseñará dónde dormirás. —Inclina la cabeza.

Me pongo en pie y hago una reverencia, me pongo al niño en la cadera y, haciendo como que lo estoy acomodando bien, lanzo una última mirada a la mujer antes de marcharme. Se ha recostado incluso más en el asiento; está con los ojos entrecerrados, una mano blanca contra el pecho, la otra estirada para acariciar al *spaniel*, que permanece a su lado.

«Tiene problemas, señora —pienso, mientras bajo las escaleras—. Y no solo los que están enterrados en el suelo de la iglesia de Zuiderkerk, sino aquí también, en esta casa grandiosa».